



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Sentidos y Significados del Tatuaje en la Adolescencia

Trabajo Final de Grado

Monografía



Estudiante: Virginia Aguerre De Angelis

C.I: 4.585.582-6

Tutora: Prof. Asist. Mag. Sandra Sena

Revisora: Prof. Adj. Mag. Silvana Contino

Montevideo, 15 de febrero de 2019

Resumen

El presente Trabajo Final de Grado desarrollado en modalidad monográfica busca realizar un recorrido que dé cuenta de la práctica del tatuaje explorando los sentidos y significados que adquiere en la actualidad específicamente durante el período adolescente. La distancia que se encuentra entre los significados de la misma en las sociedades prehistóricas y contemporáneas remite directamente a los grupos juveniles donde más popularidad ha adquirido en los últimos tiempos. Entendiendo el cuerpo como el escenario que habita el tatuaje, actualmente considerado objeto de gran atención; y la piel como profundidad en el que se construye la identidad, nexos con el exterior y como posible espacio para la elaboración de los duelos adolescentes, contextualizando la práctica en la cultura actual hipermoderna en la que se desarrolla que apremia la elaboración de nuevas formas de inscripción como creadoras de sentido.

Palabras Clave: Tatuaje, Adolescencia, Cuerpo

ÍNDICE

1. Resumen.....	2
2. Introducción.....	4
3. Historia del tatuaje.....	5
4. Contexto actual: Hipermodernidad.....	7
4.1 Hipermodernidad y tatuaje.....	9
5. El escenario habitado por el tatuaje: El cuerpo.....	11
5.1 La marca en el cuerpo y sus diversas significaciones.....	13
5.2 La piel.....	16
5.3 Mención al cuento “Tatuaje” de Roald Dahl.....	17
6. Adolescencia.....	20
6.1 El lugar del cuerpo en la adolescencia.....	23
7. Adolescencia y tatuaje	25
8. Consideraciones finales.....	29
9. Referencias Bibliográficas.....	31

2. Introducción

El presente trabajo pretende aproximarse a la práctica del tatuaje en una búsqueda de sus sentidos y significados inscriptos en la cultura actual. En ella se articulan diversos aspectos que involucran lo individual, lo social y el marco socio-histórico en el que se desarrolla que determinará la forma en la cual se lleva a cabo, su diseño y el lugar del cuerpo elegidos, y desde luego el sentido y significado que se le otorga al marcado del cuerpo a nivel social que se encontrará a su vez atravesado por la historia personal de cada sujeto.

Se entiende, considerando que se trata de una costumbre muy antigua, actualmente en crecimiento en varias partes del mundo; que la misma guarda relevancia social y científica.

A modo de ejemplo, hoy día es frecuente hallar figuras públicas reconocidas, exhibiendo sus tatuajes, y hasta es posible encontrar propagandas ofreciendo productos para el cuidado del mismo. Asimismo existe un sinnúmero de programas televisivos dedicados al tatuaje, a cómo se realiza, en qué lugares, los diseños que se eligen, la historia del tatuador, arrepentimientos que buscan ocultar un tatuaje rediseñándolo, por nombrar algunos. Ya no se trata de una práctica cultural heredada sino más bien de una práctica cultural adoptada (Brena, 2007) y es justamente en esta distancia que se buscará indagar cómo fue mutando desde formas espirituales, fines curativos y preventivos, formas de exaltar la virilidad, como defensa contra el prójimo impartiendo temor, como marca identificatoria para esclavos y como prueba de amor por decir algunas; a otras formas en la actualidad que pueden ser consideradas como una moda o fines decorativos, hasta significados más profundos relacionados con la construcción de identidad.

No se puede dejar de lado el hecho de que actualmente es común encontrar personas con diversos tatuajes y esto habla del empuje que ha adquirido la práctica actualmente. Contexto en el que innegablemente se está implicado y del que se forma parte como sociedad, configurada por éste *hecho social*.

Para ello se hace preciso definir qué se entiende al hablar de tatuaje, realizando un recorrido desde las culturas prehistóricas hasta llegar a la sociedad actual, analizando ineludiblemente las nociones del cuerpo y la piel como escenarios donde se despliega la práctica, en un contexto actual hipermoderno.

Si bien abarca todas las edades, en la presente monografía se dedicará una atención especial a la etapa adolescente, en donde comúnmente se toma la decisión de realizar el primer tatuaje, y bajo la cual la práctica oficia de portavoz brindándole la capacidad de expresión que las palabras a veces no encuentran, facilitando la posibilidad de construir una “nueva” identidad que se asemeja a lo que Anzieu (2007) denomina “segunda piel”,

procesar los duelos, crear y fortalecer el sentimiento de pertenencia grupal y marcar una continuidad con algunos significados concedidos por nuestros ancestros como el de pasaje iniciático.

3. Historia del tatuaje

Definir cuando comenzó la práctica del tatuaje resulta una cuestión bastante compleja ya que no existen con exactitud datos que indiquen el momento y el lugar precisos de su surgimiento, puesto que es una técnica que nació en paralelo en distintos lugares del mundo y fue adoptando múltiples expresiones.

Para comprender el sentido y el significado que adquiere el tatuaje en la actualidad, es preciso realizar un viaje en el tiempo contemplando el mismo desde los registros de sus inicios, contextualizados en cada cultura con sus particularidades, con sus costumbres, creencias y estilos de vida, conociendo cómo eran realizados estos tatuajes, y qué significado le atribuían a los mismos. No es casual encontrar evidencias de la existencia del tatuaje hace miles de años atrás.

La palabra tatuaje, de la antigua lengua Tahití: tatan, significa "acto de dibujar", dibujo que se realiza sobre el cuerpo en distintas formas, que transmite y comunica, acto cargado de significado para sí y para el otro (Reisfeld, 2005).

Quiroga (2018) sostiene que el primer registro sobre su existencia data de 5.300 años atrás cuando fue hallado el famoso descubrimiento antropológico apodado "El hombre de hielo" en los Alpes Italianos. Otzi, así fue bautizado, de 46 años de edad, revelaba 61 tatuajes identificados en su cuerpo. Lo curioso en el caso de Otzi es que la ubicación de muchos de los tatuajes coincidían con puntos neurálgicos por lo que se podría pensar que fueron realizados para cumplir una función curativa. Pero éste no es el único descubrimiento, aunque sí el más antiguo hasta el momento ya que el autor señala que se han encontrado momias tatuadas en diferentes regiones que datan de 2563 a 1972 a.c en Chile, de 2134 a 1991 a.c en Egipto, 250 a.c en México y 450 d.c en Perú, por nombrar algunas, que indican su existencia en diferentes partes del mundo.

Según Reisfeld (2005) en la polinesia el tatuaje posee la tradición más amplia y antigua, considerado como el más artístico debido al grado alto de complejidad que podía alcanzar en sus elaboraciones y belleza en sus diseños geométricos, con una secuencia predeterminada donde cada parte tenía un nombre, eran realizados con agujas hechas con hueso, proceso que resultaba altamente doloroso. El tatuaje, llamado maorí (tribal en la actualidad), funcionaba como un signo de identificación personal por lo que era elegido con

mucho cuidado. En la Antigua Samoa el tatuaje implicaba una posición de privilegio. Era un proceso que en principio llevaba meses, incluso años, hasta cubrir todo el cuerpo, incluyendo la zona de los genitales.

Por su parte en algunas regiones el tatuaje cobraba un sentido espiritual como en la Isla de Borneo, donde implicaba un símbolo de categoría social. Se tatuaban las palmas de las manos, al igual que las mujeres de la polinesia, pero en este caso cumplía una función significativa luego de morir iluminando el camino de las almas que pudiesen mostrar su mano tatuada.

Por otra parte en la cultura griega el tatuaje no era considerado una práctica respetable, se utilizó como una marca para identificar esclavos y criminales.

Siguiendo con la Reisfeld (2005) en la cultura árabe la técnica del tatuaje era utilizada mayormente por las mujeres. El tatuaje cumplía funciones protectoras y mágicas. Con un punto o varios era utilizado para sanar dolores de cabeza, enfermedades de los ojos, reumatismo, torceduras o esguinces.

Por su parte, el tatuaje clásico Japonés llamado horimono, consta de un diseño único en toda la espalda extendiéndose a los brazos y al pecho. Los diseños representaban virtudes como lealtad, coraje, obligación y devoción. No obstante, el tatuaje en Japón se encuentra aún prohibido en algunos lugares.

La Iglesia también desaprobó la práctica, considerada como señal de paganismo o como una manifestación de los poderes de Satanás, aunque contradictoriamente en referencias a textos antiguos, se consideraba un signo de identificación y pertenencia religiosa ya que era común que los primeros cristianos se tatuaran una cruz, un pescado o un cordero.

En el mundo occidental el tatuaje comenzó a gestarse debido a la colonización europea de la Polinesia, también a la apertura de las fronteras de Japón a los extranjeros, al circo, al cine y la televisión y a la invención de la primer máquina de tatuar (hacia fines del siglo XIX). (Quiroga, 2018). En Estados Unidos el tatuaje alcanzó difusión gracias al éxito de los circos donde se utilizaban personas completamente tatuadas que eran exhibidas como fenómenos. Éste es el caso de "El gran Omi", un sujeto que se hizo famoso por ser un personaje de circo tatuado completamente con rayas de cebra incluyendo la cabeza y que luego llevó su modificación corporal a la expansión de los lóbulos de las orejas que atravesaba con huesos y la perforación del tabique nasal también con el mismo fin.

Era común encontrar en el género musical Rock and Roll que las personas en su mayoría portaban tatuajes, cabe señalar el "carácter de rebelde" que se le dio en sus inicios a éste género, al tatuaje entonces se agrega como un símbolo de rebeldía (Quiroga, 2018).

4. Contexto actual: Hipermodernidad

“Había una vez un hombre que vivía en la escasez. Después de muchas aventuras y de un largo viaje a través de la ciencia económica, conoció la sociedad de la abundancia. Se casaron y tuvieron muchas necesidades” (Baudrillard, 1970, p. 67).

Poder describir el contexto en el cual se analizará la práctica del tatuaje ayudará a pensar los sentidos y significados que adquiere el mismo en la actualidad. Es necesario hablar entonces de la época actual hipermoderna, fundada sobre los principios de su antecesora la modernidad. A decir de Lipovetsky (2014): “No nos hallamos en una sociedad que ha sobrepasado la modernidad, sino en una modernidad superlativa” (p.1). En este sentido plantea que la sociedad se encuentra en una era de lo “hiper” del hipercapitalismo, de la hiperpotencia, del hiperterrorismo, del hiperindividualismo, del hipermercado e hipertexto.

Para explicar este pasaje a la modernidad superlativa como llama Lipovetsky es que Bauman (1999) utiliza la metáfora de la fluidez del estado líquido por contraposición a los estados sólidos. Los líquidos se encuentran en permanente cambio de forma y al ser sometidos a tensión, no se aferran al espacio y al tiempo y son capaces de sortear obstáculos, de derramarse, gotear, de filtrarse e inundar; en cambio los estados sólidos no fluyen y son capaces de retornar a su forma original. La hipermodernidad estaría representada entonces por los estados líquidos donde la velocidad del tiempo y de producción-consumo es lo primordial y la cotidianeidad de las personas se transforma en un modo de individualismo donde la noción de otredad resulta amenazante y las personas parecen sacar el mayor producto de sí mismos.

Al decir de Araujo (2014) se está atravesando un proceso de mutación civilizatoria, donde las coordenadas espacio temporales, las formas de vínculo, de comunicación, el conocimiento y hasta las emociones están transformándose de manera vertiginosa, la realidad se ha convertido en la imagen. Sostiene que hoy en día el consumo es la base única del mercado, es como un Dios que modela la vida cotidiana y la tecnología donde todo es descartable, desechable y *líquido*, e incluso las relaciones sociales son descartables, momentáneas caracterizadas por la liviandad de los compromisos, generando estados de confusión y caos. Este hiperconsumo de la hipermodernidad está sustentado por una economía capitalista, de un mercado que exige consumir para sostener el sistema. Se da entonces un pasaje de la producción al consumo. En definitiva, se deposita en el consumo carencias existenciales en un contexto donde las sociedades banalizan todo

aquello que puede producir satisfacción humana. No hay tiempo para esperar es todo aquí y ahora. En esta aceleración del tiempo y de los ritmos de vida, la autora sostiene que pareciera jugarse una carrera contra el vacío de la propia existencia: “Sucede que el aceleramiento de nuestras vidas en tiempos hipermodernos de la *performance* y de la excelencia, las van transformando en verdaderos sustitutos de una cierta búsqueda de la profundidad” (p.28); donde según Bauman (2007) (En: Araujo 2013) se apuesta más a la rapidez que a la profundidad.

De la misma manera Chul-Han (2014) anuncia que se vive un tiempo donde el amor muere. En una sociedad que convierte todo en mercancía, homogeneiza todo para hacerlo consumible. Incluso el Eros, es degradado por lo pornográfico. Máxima expresión de aniquilación de la sexualidad, que destruye el erotismo y niega al otro. Exhibiendo la sexualidad, como mercancía pronta para su consumo. Queda poco lugar para la alteridad.

La lógica social produce la erosión del otro haciéndolo desaparecer. Lo otro lo indefinido “atópico”, es inconsumible y como tal, descartado. A este respecto Lipovetsky (1998) agrega que la desaparición del otro ha sumido al espíritu humano en una crisis narcisista, proceso de personalización que imprime nuevas lógicas entendido como estrategia global en permanente cambio, en la mutación del deseo y la acción, donde el mundo se aparece ante sus ojos únicamente como una proyección de sí mismo.

Sin embargo se da una doble vertiente en la que por un lado la atención se centra en el cuerpo propio, en el individualismo, y por el otro la necesidad de ser mirado, de exhibirlo todo hasta la intimidad como por ejemplo en las redes sociales con selfies, estados de facebook; permanente exposición y relatos de la vida a través de la pantalla habilitando nuevas formas de comunicación y de subjetivación. Nace el culto a la juventud, de la mano de la cultura de la imagen, como potencial de producción donde una persona joven es una persona útil, por lo que la importancia en la apariencia pasa a un primer plano. Las modificaciones corporales que buscan la imagen de un cuerpo joven se ven incrementadas por los avances tecnológicos que habilitan nuevas formas de intervenir el cuerpo.

Siguiendo la misma línea en relación al consumo Marcuse (1993) sostiene que la sociedad industrial avanzada genera falsas necesidades por lo que las personas sienten la necesidad de consumir y producir: “El individuo unidimensional se caracteriza por su delirio persecutorio, su paranoia interiorizada por medio de los sistemas de comunicación masivos” (p.63). El cuerpo del hombre hace cuestionable hasta la misma noción de alienación porque este hombre unidimensional carece de una dimensión capaz de exigir y de gozar cualquier progreso de su espíritu. Para él, la autonomía y la espontaneidad no tienen sentido en su mundo prefabricado de prejuicios y de opiniones preconcebidas.

¿Podría pensarse en una época donde el relacionamiento con el otro se encuentra atravesado por este contexto, que el tatuaje busca reafirmar dicho relacionamiento o se trata de un acto narcisista que busca redefinirse, modificar su cuerpo, su imagen y por lo tanto a sí mismo? ¿Qué lugar ocupa el otro en la práctica del tatuaje? ¿Es una forma más de consumo y explotación del propio cuerpo?, ¿puede el tatuaje intentar romper con la profanación del eros para poder habilitar el poder del juego de la seducción? Claro está, que no son preguntas excluyentes, algunas de ellas quedarán abiertas y otras intentarán responderse a lo largo del trabajo.

En esta nueva era “surgen nuevos valores y ritos, nuevos signos y símbolos, nuevas éticas y estéticas” (Araujo, 2017, p.210); donde incluso el arte se ha convertido en un producto más de consumo, en una figura de la moda. No se trata ya de las masas de personas que se juntan con el fin de apreciar una exposición de arte en un museo sino que ahora el arte se consume y no tiene la misma influencia en los modos de vida (Lipovetsky, 2014).

4.1 Hipermodernidad y Tatuaje.

¿Cómo influye el contexto hipermoderno en las significaciones que adquiere el tatuaje en la actualidad? ¿Se trata de una práctica que involucra un fin consumista como una clase de moda más?

En la actualidad como plantea Brena (2007) el tatuaje no forma parte de una práctica cultural heredada sino que se trata de una práctica cultural adoptada. Esto se debe a la diferencia existente entre las significaciones de la misma en la antigüedad y en el mundo contemporáneo.

A este respecto Corbo (2010) señala que en “() la práctica del tatuaje, el sujeto intenta construir un sentido de identidad, de pertenencia y una respuesta frente a la fugacidad e instantaneidad de las experiencias que le toca vivir” (párr.3). Partiendo desde éste punto de vista el acto de tatuarse tiene un elemento adicional que lleva a pensar el consumo de otra manera, se trata de una adquisición que resiste el paso del tiempo, es decir que frente a esta nueva era donde todo es consumible y descartable, hay un elemento que puede ser consumido, pero no se desecha, que sobrevive a la inmediatez del tiempo. Este último punto ubica la práctica en un nivel más profundo de análisis, por lo que sería trivial quedarse únicamente con la idea del tatuaje como un acto de fin consumista sólo como formando parte de una moda.

Desde una visión más profunda el tatuaje, en esta era de erosión del otro, de la desaparición del mismo y su consiguiente hiperindividualismo, puede significar una búsqueda de representación o expresión en lo real. Al decir de Žižek (2001):

La retirada del Otro tiene entonces dos consecuencias relacionadas, aunque opuestas: por un lado, este fracaso de la ficción simbólica induce al sujeto a aferrarse cada vez más a simulacros imaginarios(...)por otro lado, desencadena una necesidad de violencia en lo Real del cuerpo (atravesarse la carne, insertar prótesis suplementarias en el cuerpo).(p.395)

Brena (2007) señala que la práctica del tatuaje funciona como una suerte de espejo en la que se refleja el estado de las personas y que mediante el estudio de este *hecho social* se habilita el acceso a los sentimientos, a las visiones, conductas y actitudes así como también a las experiencias pasadas, presentes y futuras que sólo los sujetos son capaces de expresar.

Es interesante añadir las palabras del tatuador Corzario (Ganter, 2006, En Arias y Bermúdez, 2017) quien plantea que:

(...) el tatuaje vino para quedarse (...), yo creo que va a dejar de ser una moda, va a ser algo necesario para cada persona, todo el mundo va a necesitar tener un tatuaje (...) existirá un tiempo en que la gente va a elegir no tatuarse para no sentirse tan de este mundo (...)yo creo que nadie va a resistir no tatuarse".(p.452)

Discurrir en la idea del tatuaje como una necesidad en la sociedad actual, lleva a pensar en el malestar en la cultura (Freud, 1929) donde el culto a la juventud del que se hablaba anteriormente, "el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen primordialmente sobre los hombros del individuo" (Corbo, 2010, párr.8).

Siguiendo las ideas de Corbo (2010), el tiempo cobra un papel fundamental en la práctica del tatuaje, que para algunos puede significar un fin puramente estético empujado por el ideal social de cuerpo perfecto, como una forma más de adornarlo y de paralizar el tiempo y para otros como un "soporte biográfico" que consolida lo evaporable como forma de testimonio y por ende como una forma de resistir el olvido.

El cuerpo por lo tanto se modifica, se construye y se expresa conforme a la cultura.

Debería cuestionarse entonces acerca de su construcción para luego reflexionar sobre la interconexión que guarda el campo disciplinario del cuerpo y el de la práctica del tatuaje.

5. El escenario habitado por el tatuaje: El cuerpo

Lo dicho hasta el momento supone que el cuerpo se encuentra actualmente ocupando un lugar central en la vida de las personas, tanto, que pareciera que el sujeto ha volcado toda su atención en él. Lo cierto es que ninguna cultura, sin excepciones, ha dejado de lado el interés por el cuerpo. A lo largo de la historia ha quedado subordinado a permanentes obligaciones, interdicciones y coacciones, ha sido y continúa siendo objeto de fuertes tensiones y conflictos persistentes que giran en torno a la alimentación, la vestimenta, la higiene, la sexualidad, la moral, las emociones, por decir algunas, por lo que el cuerpo no puede ser conceptualizado solo desde una mirada biologicista sino que podría decirse que forma parte de un fenómeno social.

Considérese ahora la noción que se ha tenido y que se tiene actualmente del cuerpo para poder avanzar en la línea que ocupa la temática. Preguntarse entonces: ¿qué es el cuerpo? es un primer paso. Ya desde la filosofía griega se buscaba construir una concepción sobre el cuerpo considerándolo inseparable del alma y de la mente. Le Breton (1995) hace una distinción del cuerpo entre la sociedad actual y las tradicionales (En: Reisfeld, 2005). En las últimas el cuerpo no se distinguía de la persona, sino que existía a partir de la existencia del otro y su relacionamiento, resultando un elemento más inseparable del conjunto simbólico que lo engloba. Aquí el cuerpo no conforma un signo de individuación sino que forma parte del cosmos, la naturaleza y la comunidad y es inseparable de ellos. En cambio en la modernidad el cuerpo presenta una ruptura del sujeto con los otros acorde a un funcionamiento individualista. El cuerpo “se ha alienado del sujeto mismo, quien, más que ser un cuerpo, ha pasado a poseer un cuerpo” (p.28).

A este respecto Dufour (2007) (En: García, 2006) plantea la “muerte del cuerpo a través de una mutación antropológica, liberalismo que da rienda suelta al consumo, alterando lo simbólico, donde el mercado parece ser el “nuevo gran Sujeto” (p.87). Sin ir más lejos Le Breton (2002) sostiene que “las representaciones del cuerpo y los saberes acerca del cuerpo son tributarios de un estado social, de una visión del mundo y dentro de ésta última, de una definición de la persona (p.13). De todo lo anteriormente dicho se desprende que en la sociedad actual el cuerpo es visto como un cuerpo útil, productivo y por lo tanto enajenado como un reflejo de la sociedad.

Asimismo Decia (2004) (En: Brena, 2007) plantea que los cuerpos son socialmente contruidos y transformados en cuerpos útiles para la perpetuación del orden social.

Siguiendo esta noción del cuerpo considerado como una fuerza de producción Foucault (1992) agrega que está directamente inmerso en un campo político, y por ende de su

utilización económica, por lo que se encuentra determinado por la ideología. Existe una tecnología política del cuerpo que opera con mecanismos imperceptibles y sutiles, que apuntan a crear cuerpos productivos y sometidos sin violencia. ¿Cómo opera esta tecnología?

Según Foucault (1992) los cuerpos son regulados de la siguiente manera:

La microfísica del poder permite determinar cómo el poder disciplinario atraviesa los cuerpos y graba la norma en las conciencias. A partir de los siglos XVI y XVII, en el ejército, en las escuelas, los hospitales, los talleres y otros espacios se desplegaron (...)una serie de técnicas de vigilancia y control, de mecanismos de identificación de los individuos, de cuadrícula de sus gestos y de su actividad que fueron conformando determinados tipos de productores. (pp.25-26)

Siguiendo la misma línea Bordieu (1986) (En Brena, 2007) conceptualiza el cuerpo como:

(...)Un producto social que debe sus propiedades distintivas a sus condiciones sociales de producción, donde los sujetos están desigualmente equiparados para adecuarse a la representación naturalizada y por ende legítima, de esa sociedad (como consecuencia de una distribución desigual del capital). Así es que la distancia que existe entre el cuerpo ideal y el cuerpo real, varía de acuerdo a la posición que ocupan los individuos. (p.3)

Dentro de este concepto se encuentra reflejado el de *habitus* como el reflejo de la sociedad inscrita en el cuerpo es decir como la interiorización de estructuras sociales.

A decir de Scharagrodsky (2013)

(...) es materia simbólica, objeto de representación y producto de imaginarios sociales. Siempre se manifiesta como un terreno de disputa en el que se aloja un conjunto de sistemas simbólicos entre los que destacan cuestiones vinculadas al género, a la orientación sexual, a la clase, a la etnia o a la religión. (p. 2)

Debido a lo anteriormente planteado Le Breton (2002) dirá que se vive una crisis de legitimidades donde los individuos deben buscar sus propias marcas definiendo por sí solos su propio sentimiento de identidad (En: Brena, 2007).

5.1 La marca en el cuerpo y sus diversas significaciones.

Como se ha explicitado anteriormente, se vive en una cultura, en tanto producción simbólica, de la imagen donde la importancia del cuerpo se hace cada vez más notoria y encuentra expresiones heterogéneas. De modo que es frecuente encontrarse con formas que revelan la atención dedicada al cuerpo bajo las cuales es posible encontrar diversos tipos de cirugías estéticas, actividad física donde cada vez se incorporan más dinámicas para ejercitarse y “estar en forma” (lo que no necesariamente implica estar saludable), la comidas consideradas sanas, lo “light”, el arte del body paint, los piercings, la vestimenta, el maquillaje, y por qué no la creciente “moda” de la técnica de relajación mindfulness . Por supuesto los tatuajes no son la excepción, todas ellas expresiones que se han ido incrementando y a su vez adquiriendo mayor atención en la sociedad actual, centradas en lo corporal. El cuerpo ha sido y continúa siendo objeto de grandes atenciones pero también de múltiples conflictos. Plantear la interrogante de por qué es elegido el cuerpo como lugar de inscripción ayudará a pensar en los sentidos y significaciones que el tatuaje adquiere en la actualidad.

A decir de Freud (1923) (En: Grassi, 2010) “El yo es sobre todo una esencia-cuerpo, no es sólo una esencia superficie, sino él mismo la proyección de una superficie” (p.17). Por tanto el yo tiene sus orígenes en última instancia de sensaciones corporales. Cabe entonces considerarlo como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar como se ha dicho, él mismo la superficie.

Existen personas para las que tatuarse tiene simplemente un sentido estético, y otras para las que es un arte y sólo se tatúan aquello que tenga un significado para ellos. Incluso algunos diseñan su propio tatuaje para que sea único.

Hoy la práctica parece centrarse en el efecto que produce en el otro, en las sensaciones que genera durante y después del proceso y en la reivindicación del cuerpo. Puede tener un valor de investidura como también de agresión sobre el mismo. En éste último punto se considera pertinente diferenciar la práctica del tatuaje del ataque al cuerpo como una autoagresión, ya que en estos últimos casos se encuentra la voluntad de agredirse intencionalmente y los primeros se dirigen a la tendencia con gran alcance juvenil en la cual, como se dijo anteriormente, se realizan en favor de la búsqueda de identidad, de reforzamiento de la fragilidad narcisista, etc., que para cumplir con las características de una modalidad autolesiva es de suponer que debería consolidarse con un fin puramente agresivo hacia el cuerpo y con cierta repetición impulsiva. Distinto es del placer que puede obtenerse mediante el dolor que guarda tendencias de tipo masoquistas (Manca, 2011).

La marca en el cuerpo, como se venía diciendo, convoca un movimiento en el otro en tanto imagen mirada. En este sentido, no se trata de lo que se quiere lucir sino de lo que se quiere recibir del otro.

También adquiere relevancia el lugar elegido para realizarlo, en muchos casos las personas se tatúan partes del cuerpo que no están a simple vista del otro sino que éste último debe estar habilitado para poder verlo, a veces, al decir de López (2002) solo en la desnudez, por lo que también tiene un componente de seducción, de cuerpo sexual. Por tanto como se dijo, muestra y es capaz de esconder al mismo tiempo.

Otro de sus posibles significados (que serán abordados más adelante en la etapa adolescente) refiere al tatuaje como medio para el procesamiento de los duelos donde aquello que no puede ser elaborado busca su expresión en la piel (Reisfeld, 2005).

Por otra parte es importante señalar la relación que mantiene el tatuaje con la escritura.

No se debe olvidar que una de las formas de surgimiento de la escritura consistía en símbolos y diseños corporales. Reisfeld (2005) relaciona ambos aspectos a través de la obra del escritor Severo Sarduy en “El Cristo de la rue Jacob” de 1999 en la que postula una serie de ítems partiendo de huellas físicas o mentales que le fueron significativas a lo largo de su existencia, las primeras remiten a aquellas huellas que se encuentran visibles: cicatrices y suturas creadas en accidentes o por enfermedades:

Recorriendo esas cicatrices, desde la cabeza hasta los pies, esbozo lo que pudiera ser una autobiografía, resumida en una arqueología de la piel. Sólo cuenta en la historia individual lo que ha quedado cifrado en el cuerpo y que por ello mismo sigue hablando, narrando, simulando el evento que lo inscribió. La totalidad es una maqueta narrativa, un modelo: cada uno podría, leyendo sus cicatrices, escribir una arqueología, descifrar sus tatuajes en otra tinta azul. (Sarduy En: Reisfeld 2005, p. 91)

Los otros, los lectores son a quienes el cuerpo “narra” el devenir del sujeto. Por lo que el tatuaje no viene a ser una parte del cuerpo, de sí mismo, sino una síntesis del sí mismo (Sastre, 2011).

Siguiendo la misma línea Aulagnier (1975) (En: López, 2002) concibe dentro de lo que designa como *pictograma* a la inscripción psíquica de las primeras percepciones somáticas, conforme se va construyendo el cuerpo propio, inscripción que servirá luego como referente identificador. Sin ir más lejos, éstas son marcas psíquicas que no son visibles, y configuran un paralelismo con el *pictograma* a nivel corporal es decir, con la marca en el cuerpo, visible, profunda y resistente a toda memoria “a corto” y a “largo plazo”. Al decir de Roche (Sarduy 1999 :En Reisfeld, 2005) “(...) para que la palabra comunique, el escritor tiene que tatuarla, que insertar en ella sus pictogramas” (p.92).

Asimismo Guigou (2005) (En: Brena, 2007) agrega que estas formas de inscripción establecen la relación entre imagen-escritura como productora de discursos. Ejercen una función simbólica que permiten construir ideas, crearse imágenes conformando lo que serían narraciones, entendiendo al cuerpo como la herramienta más inmediata de comunicación. Este sería en primer término, uno de los principales sentidos que el tatuaje adquiere que luego puede ser interpretado en sus significaciones.

Para Assoun (1994) (En: Reisfeld, 2005) el tatuaje “se trata de una inscripción directa en el cuerpo como consecuencia de una falla simbólica (...) En donde lo que no puede encontrar su lugar en el texto vuelve (...) en lo real del cuerpo” (p.39). Pero ¿es realmente una falla? Por su parte Guerra (2006) dirá que sería un problema tomar la inscripción en la superficie del cuerpo como una falla en la simbolización entendiendo que sería una visión superficial de la construcción de la subjetividad. Nótese en primer lugar que el punto de vista de Assoun deja por fuera la multiplicidad de sentidos que pueden adjudicarse a la realización del tatuaje, siendo la falla simbólica sólo una de las tantas razones por las cuales un sujeto puede tatuarse, por lo que éste acto no sólo puede deberse a una falla en la simbolización, sino que al decir de López (2002) en la cultura actual “ se están haciendo necesarios ritos que restablezcan o produzcan nuevos modos de subjetivación, y a la vez, donde aparezca un redimensionamiento de la imagen propia como lugar donde volver a buscar una función identificatoria, y creadora de sentido”(p.9).

Agregar en segundo término que en relación al psiquismo y su economía se concuerda con López (2002) al decir que

(...)la relación con el tatuaje por momentos también parece recrear una transicionalidad Winnicottiana. No se ubica ni adentro, ni afuera, como aquel espacio donde se desarrolla el juego, la creatividad, siendo a veces un intento de acomodación y apropiación a una nueva realidad temida. (p.6)

Más adelante se reparará en algunas de estas significaciones concretamente durante el proceso adolescente pero será inevitable adentrarse (valga la intencional redundancia), para ello, en la superficie del cuerpo: en la piel y su envoltura.

5.2 La piel

Podría decirse que la piel al igual que el cuerpo es otro de los temas en permanente investigación. Y es que la piel conforma la envoltura del cuerpo, representando el primer límite que separa el organismo y el mundo exterior. No obstante recibe estímulos del interior y del exterior, es por esto que cumple múltiples funciones que posibilitan el desarrollo (Reisfeld, 2005).

Asimismo Freud (1905)(En Reisfeld, 2005), la define como la zona erógena por excelencia, debido a la capacidad para convertirse en una zona que estimule la excitación placentera.

La piel es aquel espacio que separa el adentro del afuera, es el nexo que relaciona al individuo con el mundo, conforma la envoltura del cuerpo siempre a la vista de los demás y sujeta a consideración de los mismos. Los sujetos son reconocidos a través de la piel, es decir que ella da forma evidenciando el sexo, la edad, la etnia y puede incluso evidenciar una clase social.

Mediante la piel es posible sentir, tocar y expresarse incluso de forma involuntaria, en otras palabras: cuando el sujeto se sonroja ,se eriza , la piel es capaz de manifestar cuando el cuerpo se enferma, asimismo se incluye en el lenguaje cotidiano: cuando se está “a flor de piel”, cuando se tiene “ tacto” , decir que “es una cuestión de piel” y que se puso “la piel de gallina” todas estas expresiones que dan cuenta que es un órgano de contacto sumamente profundo en sentido literal y simbólico (Le Breton ,2017).

Anzieu (2007) hace una lectura profunda de la piel elaborando la hipótesis de un Yo-Piel en la que desde el nacimiento el bebé en su contacto con la madre es capaz de sentirse repleto. Esta sensación de saciedad junto con lo que el autor denomina pulsión de apego, llevan al niño a poder distinguir una superficie compuesta por una cara interna y otra externa como interfaz entre el afuera y el adentro y la sensación de volumen que desarrolla gracias a la leche materna. Este Yo-Piel sería el sostén de la estructura psíquica. De todos los órganos de sentido, es el más vital.

Hay que mencionar además la forma bajo la cual Winnicott (1951) conceptualiza la piel: propone la misma como el espacio intermedio de carácter transicional para el dibujo. Es decir que en la piel además de funcionar como medio de comunicación, dialoga con los otros y con uno, funcionando como elemento para procesar todo aquello que no se puede poner en palabras. La piel por tanto comunica, habla del pasado de la persona, de sus experiencias vividas, órgano que también muestra y oculta a la vez. Las marcas de la piel

hablan de la historia y de quien se es, los lunares, las cicatrices, las heridas, las arrugas, los tatuajes, los piercings y todo tipo de particularidades que pueda tener la misma evidencian historia. Podría destacarse entonces el carácter ambivalente la piel que en este juego elabora una instancia de apertura y de cierre dependiendo de la voluntad de la persona. Oficia como una frontera real y simbólica. Es una superficie de proyección e introyección de sentido que protege de agresiones externas y de tensiones internas.

Es una superficie cargada de sentidos que Le Breton (2017) define como:

(...) pantalla sobre la que se proyecta una identidad soñada recurriendo a las innumerables formas de puesta en escena de la apariencia, arraiga el sentimiento de sí en una carne que individualiza. Las marcas corporales, como el tatuaje y el piercing, son maneras de inscribir límites de sentido directamente sobre la piel. (p. 51)

Guerra (2006) sostiene que la inscripción en la piel:

Sería una forma intermedia entre la representación y la presentación real del objeto. Se necesitaría de un soporte fáctico, concreto, donde inscribir al objeto ausente. Pero en dicho soporte (la piel) se deja una marca que resiste al paso del tiempo y es parte de un índice perceptivo diferente o complementario de la imagen mental. (p.52)

Para finalizar este apartado es pertinente hacer mención a un cuento de Roald Dahl que involucra todos estos aspectos característicos de la piel, llevándola a otra nueva dimensión...

5.3 Mención al cuento “Tatuaje” de Roald Dahl.

En invierno del año 1946, Drioli, un viejo tatuador obligado a retirarse del oficio debido a la escasez de trabajo luego de la Segunda Guerra Mundial, se encontraba deambulando por el paseo de la rué de Rivoli, en París. Tenía frío y pensaba en cómo podría ganarse la vida ya que no tenía los medios ni la energía para volver al negocio del tatuaje ahora que la guerra había culminado. De pronto, se encontró frente a una galería de pintura, y pudo reconocer algo familiar en el lienzo que se encontraba en el escaparate de la galería, era una pintura de un viejo amigo, Soutine, a quien le había perdido el rastro al volver de la primera Guerra. Lo último que supo de él es que se había ido a Céret contactado por un marchante para que allí pintara más cuadros.

Drioli recordó aquella madrugada en que se emborracharon con su amigo y se le ocurrió una idea disparatada; que su amigo le tatuara el busto de su entonces novia Josie en la

espalda, al igual que una pintura en un lienzo. Su amigo le objetó que era una locura, pero llevado por la emoción del momento se fue dejando atrapar por la idea de Drioli quien le enseñó en un momento a manejar la máquina para tatuar, utilizando su propia piel como una hoja para que practicara y fue así que, con Josie posando como modelo, se dedicó toda la noche hasta el amanecer a tatuar la espalda de su amigo. Al terminar, todos quedaron maravillados por la semejanza del tatuaje a un cuadro, tenía vida propia, “no era un retrato, era más bien un aspecto de la vida”.

Recordando todo esto un impulso se apoderó de él y entró a la galería donde se encontró con un ambiente lujoso lleno de gente digna y respetable con un catálogo en la mano. Miró a su alrededor y vio un montón de cuadros del mismo artista, su amigo. Al entrar enseguida notaron su presencia. No encajaba en el lugar, un hombre muy bien vestido le pidió que se retirara, Drioli insistió en quedarse a mirar los cuadros, pero fue tomado entre éste señor y otro para sacarlo del lugar y comenzó a gritar “Yo también tengo un cuadro suyo (...) se los enseñaré”, “¡Está loco!” decía la gente del lugar. Hasta que logró entre los dos hombres hacer un rápido movimiento y quitarse el abrigo, la chaqueta y la camisa para mostrar el tatuaje en su espalda. La gente quedó atónita mirando aquel tatuaje y al ver que estaba firmado por Soutine confirmaron su veracidad. Fue así que de pronto, le hicieron una propuesta extrañísima. Un hombre quería comprar la obra por una alta suma de dinero.

Drioli preguntó cómo era posible, a lo que el hombre respondió “si me quedo con el cuadro, me quedo también con usted” ofreciéndole llevar una vida de lujos en el hotel que tenía en Carmes, llamado Bristol y así apropiarse de ese cuadro tatuado cuando Drioli muriera. Lo que sucedió luego es que Drioli terminó por acceder a la propuesta así que ambos salieron juntos del lugar.

“Al cabo de unas semanas , un cuadro de Soutine, un busto de mujer, pintado de una extraña forma, bien enmarcado y barnizado, se puso a la venta en Buenos Aires” y esto se suma al hecho de que en Carmes no existió ningún hotel llamado Bristol (Dahl, 1979).

Se ha escuchado varias veces la frase “la realidad supera la ficción” y en efecto es lo que sucedió en este caso cuando en el año 2006, cuando Wim Devolye tatuó la espalda de Tim Steiner para venderla. Convirtiendo a éste último en una obra de arte andante ya vendida. El contrato incluye exposiciones públicas en distintos museos como el MONA o el Louvre y al momento de su muerte su espalda quedará en cuadro junto a la colección privada de su comprador Rik Reinking quien pagó 160.000 dólares por ella (Quiroga, 2018).

“Para el tatuador, la piel es el lienzo perfecto. Para el tatuado, es su propia historia” (Quiroga, 2018,p.75)

En estos relatos de la realidad y la ficción se puede apreciar el hecho de que la piel es capaz de narrar una historia. En primer lugar, entonces se relaciona el tatuaje con el nivel narrativo asimilándolo al cuerpo-texto que plantea Sarduy (1999) , texto expuesto para quien quiera apreciarlo y leerlo pero con una función narrativa propia cuyo verdadero significado se guarda sólo para quien lo vivenció (En Reisfeld 2005).

En relación a la piel, el tatuaje puede representar una segunda piel (Anzieu, 2007), una nueva construcción ligada a la identidad, es en esta totalidad supuestamente inseparable cuerpo-tatuaje-piel donde se desarrolla la narrativa, pero ¿qué sucede cuando el tatuaje es extraído y retirado del cuerpo? Como ya se dijo anteriormente el tatuaje puede ser considerado como una expresión artística, desde el punto de vista de la creación del tatuador y la exhibición de quien lo porta. Aquí el tatuaje como obra de arte alcanza dimensiones difíciles de imaginar, ya que refiere a la extracción de la piel para conservarla como objeto, y desde un punto de vista psicoanalítico al de un fetiche que seduce como “fantasma de lo separable, de lo que se puede arrancar” (Sarduy 1999, En Reisfeld, 2005, p. 92), en otras palabras de la castración.

Sarduy (1999) explica éste fenómeno de la siguiente manera:

Esa iluminación sectaria relega el resto del cuerpo -un resto paradójico- a una zona anónima y lejana, excluida de la representación y del deseo: sin valor de erección, oscurecida y torpe. La tortura y el tatuaje pertenecen a ese mismo registro del desmembramiento de la fragmentación facticia (...). Sólo el fragmento cubierto por el tatuaje - iniciales, anclas y corazones vienen siempre a inscribirse, como por casualidad, sobre los bíceps, los músculos más eréctiles- , realzado por la tinta minuciosa o sometido a la torsión, al dolor, tiene acceso al endurecimiento, a la erección notoria (...) El resto no merece más que pudor: flacidez y aburrimiento. (En Reisfeld 2005, p. 93)

Por otra parte ,en la historia real se puede ver de forma clara al narcisismo en juego, el deseo de exhibirse y ser mirado, su tatuaje, su espalda, su piel se funde con su cuerpo, es todo uno, pero es recortado dejando una marca perdurable que se traslada a otro plano. El elemento visual está íntimamente relacionado con este último aspecto. Desde un punto de vista Freudiano en el placer de mirar y mostrarse, el ojo cumple una función de zona erógena. Pero tanto en el cuento como en el relato real el ojo queda sólo en el placer de la mirada de quien observa, nos preguntamos ahora ¿cómo es posible hablar de narcisismo desde el lugar del tatuaje y quien lo porta? Se puede hipotetizar que esto ocurre en la

fantasía, en el hecho de pensar que un día su tatuaje será exhibido y apreciado. Más aún, Lacan (2005) plantea mediante la pulsión escópica, la mirada separada del ojo como órgano que posibilita la visión. A continuación Nasio (1994) (En: Reisfeld 2005) lo explica del siguiente modo "(...) ver va del yo-imagen fálica, falo imaginario- a la imagen de la cosa. Mirar es un acto provocado por una imagen que viene de la cosa hacia nosotros. Contrariamente al ver, el mirar se despierta fuera de nosotros" (p.61).

Por último es posible establecer una conexión entre los relatos expuestos y el contexto actual hipermoderno donde como se dijo anteriormente, el consumo es la base de la economía capitalista . En este caso el cuerpo se transforma en objeto al que se le concede un alto valor convirtiéndolo en una mercancía, en otras palabras, como un testamento que otorga no sólo la adquisición de un cuadro sino que de alguna forma de la propia persona luego de su muerte. A decir de Benjamín (1982) "En cada moda hay algo de la sátira más amarga sobre el amor, en cada moda están presentes las perversiones más brutales, toda moda está en conflicto con lo orgánico" (En: Ambrosio, 2008, p, 3).

6. Adolescencia

Describir el período de la adolescencia es una ardua tarea que genera controversias entre psicólogos, sociólogos y endocrinólogos-neurólogos. Lo cierto es que se intentará realizar tal estructuración sino más bien comprender los procesos que se dan durante éste período. Al decir de Viñar (2009) se trata más bien de un constructo social que atiende la problemática del pasaje de la infancia a la vida adulta, sujeto a determinado marco histórico-cultural donde se desarrolla y/o observa. Dicho esto, la adolescencia no se puede considerar sin analizar el contexto en el cual se inscribe: "los seres humanos somos producto y productores de la trama social en la que vivimos, somos agentes y efecto de la cultura" (Morín En: Viñar, 2009, p.17). Se coincide con Viñar (2009) al decir que:

La adolescencia es mucho más que un etapa cronológica de la vida y el desarrollo madurativo; es un trabajo de transformación o proceso de expansión y crecimiento, de germinación y creatividad, que-como cualquier proceso viviente- tiene logros y fracasos que nunca se distribuyen en blanco y negro. (p.15)

Durante este período comienzan a gestarse entonces, varios movimientos que posibilitan el pasaje a la adultez. La construcción de identidad y la elaboración de los duelos son claves en este pasaje. El adolescente sufre una desestructuración durante ésta etapa donde se establece una pérdida de identidad infantil que lo encausa a un estado de confusión. Dicha pérdida se debe en primer lugar a los cambios en el esquema corporal.

Según Garbarino (1963) aquellos factores determinantes de que esto ocurra son los mismos que ayudan a constituir y reestructurarla; estos factores se integran por el interjuego entre el esquema corporal y el yo y el de la sociedad y sus objetos y los objetos internos, esto es: entre lo físico, lo psíquico y lo social. En este punto debe agregarse que cada adolescencia es transitada con características propias respetando los tiempos que pueden no ser los mismos para cada adolescente y que si bien se habla de pérdida, el término es un tanto relativo en el sentido de que se traduce en procesos y por tanto de modificaciones donde lo que cambia son las formas.

Los cambios en el esquema corporal configuran una pérdida de estabilidad, la identidad infantil se enfrenta con un entorno cambiante que le exige entrar en el mundo adulto, con una imagen ideal ligada al cuerpo que no se corresponde con su devenir. Para lograr resolver el conflicto el adolescente deberá necesariamente desidealizar su yo-infantil y los primeros objetos investidos. El entorno, cumple una función significativa en este proceso que mediante el pensamiento y la simbolización reafirmarán el principio de realidad (Flechner, 2007).

En cuanto al aspecto psíquico, se destaca la precariedad de los límites propios por lo que los adolescentes se sienten fácilmente invadidos (Garbarino, 1987), este aspecto, sumado a la reafirmación del espacio propio, puede deberse en la realización del tatuaje a la búsqueda que plantea la autora de límites representados en el cuerpo como búsqueda de definición del esquema corporal y diferenciación entre lo externo y lo interno.

Por otro lado la palabra y el pensamiento adquieren mayor relevancia en este período debido a que son las principales vías preparativas para la acción y por las cuales el adolescente se comunica y expresa con el otro. Es por este motivo que tiene la necesidad de ser escuchado y cuando esto no sucede recurre a la acción para poder habilitar la palabra (Aberastuy y Knobel, 1986).

Aberastuy y Knobel (1986) sostienen que cuando el adolescente comienza a conformar su identidad adulta es capaz de aceptar su cuerpo y decide habitarlo, y enfrentarse con el mundo.

Al hablar de identidad no se debe dejar de lado los procesos de subjetivación que se encuentran íntimamente ligados a la construcción de la misma. La subjetividad conforma una alteridad constante, de aquí que se radique como un proceso que involucra lo singular, lo grupal y el contexto social.

La crisis de identidad que implica la adolescencia según Grassi (2010) se extiende a

(...) los trabajos de la subjetividad relativos a la identidad en su relación con las identificaciones. Lo propio del sujeto en la adolescencia es crear sentidos que

enriquezca al yo, en un juego de identificaciones-desidentificaciones. La adolescencia transcurre en lúdica adquisición de nuevas identificaciones y cancelaciones de otras caducas, obsoletas (...) La pregunta ¿quién soy?, signo de que existen procesos adolescentes en marcha, se refiere a las identificaciones que habitan al yo y que comienzan a estar cuestionadas por el sujeto. (p.20)

En lo que concierne a los duelos cabe preguntarse ¿Cuáles son los duelos que debe transitar el adolescente? A este respecto Aberastury (1969) sostiene que los cambios que se generan durante esta etapa tanto a nivel psicológico como físico, implican una nueva relación con los padres y con el entorno. Para que dicha relación logre establecerse es necesario que el adolescente transite y consiga elaborar el duelo por el cuerpo infantil, por la pérdida de la identidad y rol infantiles y el duelo por los padres de la infancia.

Por su parte Zermoglio (2013) plantea la caída de la idealización de los padres, y todo aquello aprendido y conocido hasta el momento debe ser sometido a prueba. El adolescente cuestiona aquellos conocimientos impartidos por sus progenitores mediante acciones que no siempre miden consecuencias: “El afán de independencia fuerza la permanente confrontación y, con ella, la búsqueda de espacios y usos propios, pero no deja de aparecer, aunque las más de las veces de manera larvada, el requerimiento protectorio” (p.11).

Por último, con el objetivo de analizar los cambios en la actualidad en relación a la construcción de subjetividad en la adolescencia Guerra (2006) propone tres elementos que influyen en el proceso de subjetivación. El primer lugar lo ocupa el papel de la nueva temporalidad y la velocidad, en segundo lugar el valor de la intensidad y el límite vivido como riesgo y en último lugar la experiencia sensorial y la idea de la inscripción en la superficie del cuerpo.

En relación a la temporalidad sostiene que hoy en día existe una necesidad de suprimir los tiempos de espera, se da un cambio en la perspectiva del espacio. Esto se debe en gran parte al desplazamiento de los espacios virtuales y a la velocidad en las comunicaciones mediante las redes sociales, internet, celulares, etc.

Con respecto al segundo punto, el autor sostiene que existe una tendencia a privilegiar la experiencia emocional pautada por la intensidad en que se viva. Se privilegia la iniciativa y el acto como formas de marcar la personalidad del sujeto. En tercer lugar y en éste trabajo el más importante, es el de la experiencia sensorial y la inscripción en la superficie del cuerpo.

En este último punto el autor plantea que la experiencia sensorial hoy en día ocupa un papel predominante en la construcción de la subjetividad adolescente. Sostiene que la preeminencia del pensamiento, de los ideales en cuanto a la palabra como instrumento de

comprensión y la interioridad parece haber cambiado por la prevalencia del acto y la inmediatez temporal. En cuanto a la experiencia sensorial el autor toma los aportes de Konichekis (2002) para desarrollar la idea de identidad sensorial donde añade que el conjunto de las experiencias sensoriales de las que se hablaba anteriormente, permiten fundar un sentimiento de identidad que marca los contornos, las fronteras y las diferencias entre el adentro y el afuera, formado por un continuo vaivén entre los fenómenos sensoriales de la superficie y la profundidad de lo íntimo. La inscripción en la superficie, experiencia que en principio Freud planteó como sensorial, se inscribe luego como cosa en su representación de la misma permitiendo articularla con los restos de la palabra oída y con la representación de la palabra. Se trata de un trabajo de simbolización por la ausencia del objeto.

6.1 El lugar del cuerpo en la adolescencia.

Por lo que se refiere a la adolescencia con todo lo precedentemente dicho es posible preguntarse ahora, teniendo en cuenta lo que la misma implica en relación al cuerpo, ¿qué lugar ocupa el cuerpo especialmente durante ésta etapa?

Como ya es sabido, durante la adolescencia se producen grandes cambios a nivel corporal, se da un nuevo pasaje por el estadio del espejo como formador de la función yoica, que da la pauta de la relevancia que adquiere la mirada y el tacto (Grassi y Córdova, 2010).

Por otro lado se genera una apertura hacia la genitalidad, donde se hace necesario registrar estas nuevas experiencias y exploraciones limitadas por el cuerpo pre-genital, todos estos cambios obligan a que haya un reordenamiento de las relaciones con el cuerpo infantil así como también el consiguiente trabajo que involucra todo el aparato psíquico, teniendo siempre en cuenta que el cuerpo es cuerpo erógeno por lo que requiere de procesos de libidinización (Grassi y Córdova, 2010).

Podría decirse que parte de este caos interno que acaba de describirse, es vivido por el adolescente y exteriorizado para poder ordenarse y ver las cosas con mayor claridad. El acto es el medio de comunicación principal cuando la palabra no es encontrada y el cuerpo se transforma en la voz para rearmar límites coherentes con el mundo exterior. Este pasaje por el cuerpo en ocasiones se transforma en la única salida cuando las palabras quedan impotentes ante la fuerza de las significaciones adheridas a los acontecimientos (Le Breton, 2017).

A decir de Ungar (2016):

La adolescencia tiene al cuerpo, su superficie y su imagen como escenario prevalente. La envoltura de la piel es un límite, y de ahí, en los bordes de los cuerpos, de la realidad, del lenguaje es que se juega la encrucijada generacional (p.161)

El cuerpo entonces es el lugar donde probablemente coexistan distintas formas de inscripción de la experiencia del ser humano con otras formas de lenguaje que no se encuentran necesariamente gobernados por la palabra interiorizada (Guerra, 2006).

En relación al papel que juega el cuerpo de los adolescentes dentro de la sociedad actual Guattari (1989) postula que:

(..)Se encuentran hoy frente a la “encrucijada” entre- por un lado- el *cuerpo-objeto*, en tanto cuerpo cosificado, capitalizado y puesto a rendir en la escena del consumo y la moda, como efecto de la trama mediática promovida por el mercado y el tráfico de las imágenes, o bien, en tanto cuerpo sospechoso que marcado y estigmatizado por los circuitos de la seguridad urbana, se lo castiga y excluye como objeto peligroso para la hegemonía del orden social dominante. Y –por otro lado- el *cuerpo-sujeto*, atravesado por una multitud espesa de fuerzas oblicuas e insumisas que se resisten a la programación serializada de la subjetividad capitalista , y que por lo mismo es capaz de producir agenciamientos colectivos que *encarnan* nuevas cartografías socio-culturales, cuyos lenguajes y prácticas emergentes no suprimen el sistema de dominación, pero que en su despliegue local logran *fisurarlo* micropolíticamente, poniéndole freno al imperio global de la racionalidad tecno-instrumental. (En: Brena, 2007, p.7)

7. Adolescencia y Tatuaje

La relación que guarda la práctica del tatuaje con la adolescencia puede ser interpretada de distintas formas. Se trata pues, de una relación que conserva un alto grado de complejidad y que por motivos evidentes no se podrá abordar en su totalidad pero sí trabajar en algunos puntos que se consideran claves en la misma.

El hábito de tatuarse se encuentra directamente ligado a los procesos adolescentes que venimos describiendo, a los cambios y movimientos que se generan durante esta etapa, a los duelos, la construcción de identidad, al cuerpo cambiante, a la relación con los progenitores y con el narcisismo. Se trata de una práctica mediante la cual el adolescente se apropia de su cuerpo y así va formando su propia identidad intentando reorganizar su mundo interno.

La experiencia del primer tatuaje implica una alteración permanente del cuerpo en la que Reisfeld (2005) deja entrever su significación de “pasaje iniciático”, donde no solo hay una modificación subjetiva vinculada a lo corporal sino que también se modifica la personalidad.

Según la autora, en los varones el hecho de tolerar el dolor significa una prueba de “hombría” y en las mujeres, teniendo en consideración que el tatuaje tiene una vertiente erótica, involucra el sentimiento de liberación sexual. Ambos tienen en común que se refuerza de esta manera el sentimiento de pertenencia grupal, mediante un movimiento que implica la noción de transgresión.

El pasaje supone además la separación de los padres, con movimientos que impulsan hacia la adultez, y la consiguiente necesidad de diferenciación y definición. Asimismo Dolto (1992) analiza algunos ritos de iniciación antiguos en los jóvenes, en los que se distingue la pubertad psicológica de la pubertad social favoreciendo en ese pasaje la sublimación de la castración simbólica ayudando a liberarse del sentimiento de culpabilidad transgresiva.

Este paso de forma solitaria era vivido como transgresión, pero para que así fuera debía efectuarse bajo el peso de una amenaza.

Es interesante pensar en lo transgresivo del tatuaje en la adolescencia, en que si bien se asemeja a un rito iniciático, muchas veces se efectúa en compañía de uno o varios pares pero no de los progenitores. Se pierde de esta manera el carácter colectivo (familiar) en la participación del pasaje iniciático dando lugar a una cierta búsqueda transgresora bajo la amenaza de la prohibición de los padres. A este respecto Le Breton (2012) agrega que en una sociedad que se esfuerza por evitar el dolor, por levantarle un muro para no dejarlo entrar, ir intencionalmente a su encuentro constituye sin ninguna duda una forma de

transgresión que provee un poder personal al adolescente. Añade que el dolor del tatuaje agrega un sentimiento de superación, de valentía, y de poder. Si el tatuaje no causara dolor perdería en cierta manera el carácter de ritual, al decir de un tatuador de 28 años de edad: “el día que puedas hacerlo sin dolor, no tendrá ningún significado” (Le Breton, 2012, p.99).

El dolor ocupa un lugar importante en la práctica, le da un sentido donde “no hay creación sin dolor” (Reisfeld, 2004, p.92), el dolor al igual que la tinta delimita una parte del cuerpo.

Justamente el adolescente en ocasiones mediante la transgresión, buscará diferenciarse de sus progenitores. Es necesario en el proceso de construcción identitaria dicha diferenciación en búsqueda de un identidad personal, favorecida por la confrontación generacional y sin ir más lejos como disparador del deseo de tatuarse, llevando la “contra” a aquellos padres que aconsejan, a modo de ejemplo, esperar a que sean adultos para estar seguros e incluso lo prohíben. Muchos jóvenes esperan con ansias la reacción de sus padres para dar lugar a un fuerte sentimiento de emancipación. Al decir de Le Breton (2012) “...se trata de una fantasía de autogeneración poderosa en el mundo contemporáneo, enmarcada por el deseo de romper simbólicamente las amarras” (p. 97).

A este respecto Kancyper (2004) nos dirá que es favorable que se establezca “la tensión de la diferencia entre los opuestos” (p.93); pero que el hecho de ser oponente no significa necesariamente ser enemigo. Los padres por su parte también deben atravesar distintos duelos, angustias y alegrías. Duelos y angustias por deseos narcisistas de inmortalidad resignados y de los deseos pigmaliónicos donde deben resignar aquellos proyectos en sus hijos como un producto de sí mismos modelado a imagen y semejanza.

Otra de las relaciones que guarda el tatuaje con la adolescencia íntimamente ligada al proceso de construcción identitaria, digna de análisis, es el fuerte sentimiento de pertenencia grupal que genera. Podría suponerse entonces que el tatuaje para el adolescente tiene un sentido de búsqueda de reafirmación en los vínculos con sus pares; que ante las relaciones sociales desechables, poco profundas, y fugaces de la posmodernidad suscita nuevas formas de pertenencia a un grupo, particularmente necesarias durante esta etapa. Paradójicamente Brena (2007) sugiere que los jóvenes se tatúan para, en lugar de “ser uno más” poder diferenciarse y “ser uno menos”, es por este motivo que diferencia la sociedad actual de la contemporánea ya que antiguamente se utilizaba como una forma de integración social. Estas contradicciones no necesariamente son excluyentes, ya que por un lado puede buscarse la pertenencia al grupo y dentro del mismo poder diferenciarse: el tatuaje “nos diferencia de unos, porque a su vez, automáticamente nos asemeja a otros” (Brena, 2007, p.9). A este respecto Feixa (1998)

agrega que “las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados en el tiempo libre, o en espacios intersticiales de la vida institucional” (En: Ganter, 2005,p.35); esta reflexión apunta a los elementos culturales que diferencian a los adolescentes de los demás. La música que escuchan, la vestimenta, el lenguaje; que es alterado lingüísticamente para diferenciarse, y por supuesto los tatuajes (Ganter, 2005). De aquí se desprende la importancia grupal para la constitución del mundo subjetivo donde “la regencia de los actos es frecuentemente hecha por el funcionamiento grupal” (Casseb, 2006, p.231).

Considerando, pues que el proceso de construcción identitaria guarda una relación innegable y sustancial con la el acto de tatuarse, es preciso analizar en profundidad la identidad y la apropiación del cuerpo como parte de éste proceso.

En cuanto a la identidad y su relación con el tatuaje Le Breton (2012) dirá que

El cuerpo aporta el sentido de uno mismo, la diferenciación en el último límite posible: la carne(...) La asignación a la identidad, que quisiera un cuerpo intangible, se borra ante el signo cutáneo que reformula la existencia de manera más o menos sensible según las circunstancias y las intenciones del individuo(...)El tatuaje, el piercing, al igual que las vestimentas o las formas de peinarse, de raparse, de teñirse el pelo o de ostentar joyas o marcas corporales, se han convertido para las generaciones jóvenes en maneras de darle vuelta a su identidad para acercarse a una imagen juzgada más propicia. (p.92)

El adolescente ve al tatuaje como parte de sí mismo, donde muchas veces en sus testimonios dejan ver que logran conformar su sentido de identidad, sienten su cuerpo “al fin “completo, como si fuera un producto terminado. ¿Quién les había robado su cuerpo? Pregunta Le Breton (2012). El adolescente busca burlarse de su propia piel, crear su propio cuerpo en donde pretende además evadir la dificultad de ser uno mismo, reconciliándose con una imagen devaluada de sí mismo que por medio del tatuaje adquiere valor y por si fuera poco aumenta la confianza en el adolescente y al mismo tiempo el narcisismo, con el deseo de mostrarse.

Hay que mencionar además que la apropiación del cuerpo es un medio para elaborar el duelo por el cuerpo infantil. El adolescente entonces, transita distintos duelos, pero ¿cómo es que los duelos pueden ser transitados, procesados mediante la realización de un tatuaje? Incluso aquellos duelos por la pérdida de un ser querido pueden volcarse en el cuerpo como inscripción. Es este espacio donde se pueden transitar desde aquellos referentes a la pérdida de un familiar hasta duelos por el cuerpo infantil, queriendo forzar el cambio corporal mediante la modificación.

Al respecto Reisfeld (2005) sostiene que en un contexto donde las frustraciones en relación a la experiencia corporal y a la representación mental del cuerpo que el adolescente se crea debido a los cambios puberales en donde prevalecen vivencias de ajenidad, es donde el adolescente se incline probablemente a tatuarse.

Plantea además que existe un desfase entre los cambios corporales y la posibilidad de realizar el duelo por la pérdida del cuerpo infantil. Es decir que los cambios a nivel del cuerpo se dan con una rapidez donde los procesos psíquicos no logran la elaboración rápida de los mismos y allí se produce este desfase. Existe pues, una necesidad imperante por encontrarse con un cuerpo del que no se siente portador y a su vez una dificultad para una elaboración mental rápida, que se corresponda con los ritmos del cambio corporal, del duelo por la pérdida del cuerpo antecesor.

Por último, es preciso reflexionar acerca del tatuaje como una paradoja entre la alteridad del cuerpo que se encuentra en pleno proceso de cambio y la necesidad de plasmar algo que quede de alguna manera eternamente inmodificado, que permanece, que es controlado y voluntario.

Siguiendo ésta línea Labraga (2002) señala que:

(...) la intolerancia radical a la pérdida, el anhelo narcisista de perduración, las vivencias de vacío, la rebelión permanente contra las marcas que deja en el cuerpo el paso del tiempo, como algo característico de nuestra contemporaneidad que puede acercarnos a este intento de perpetuidad de marcas que no cambiarán. (En: García, 2016, p.167)

En definitiva, de todo lo anteriormente expuesto se puede pensar que se vive en una etapa donde la muerte es rechazada o aspectos de la misma y es por esta negación que busca expresarse en otro espacio de inscripción sin acudir a la inscripción simbólica en la psiquis como primer mecanismo de elaboración.

Las modificaciones corporales de tipo estético, como son las cirugías estéticas a modo de ejemplo, pretenden disimular y disminuir rasgos propios del paso del tiempo, tiempo que transcurre pero no quiere ser reconocido. Así, el tatuaje además de actuar como la acción que intenta elaborar y procesar el duelo, puede pensarse además en su dimisión permanente y difícilmente reversible, que busca escaparle a la muerte.

Al pensar en el cuerpo-objeto como cuerpo cosificado para la producción y el consumo y cuerpo-sujeto atravesado por las resistencias de la subjetividad programada planteado por Guattari (1989), es posible concebir la práctica del tatuaje como una forma de expresión contra hegemónica ligada a las cartografías del cuerpo-sujeto, como una forma de rebeldía juvenil donde, al decir de Ferrer (1995) al tatuarse incluso "sólo por moda" se subvierten, no

los códigos del tatuaje sino más bien los de la propia moda ya que dinamita lo inherente de la misma: la transitoriedad y la capacidad de ser reemplazada por otra que ocupe su lugar (En: Ganter,2004).

Esta separación es clave en cuanto al tatuaje y su relación con el cuerpo, la posesión de este último implica un pasaje de sujeto a objeto, y puede relacionarse por lo tanto a una especie de consumo del cuerpo, como un objeto que debe ser cuidado, adornado y alimentando en ese cosmos donde el cuerpo existía en función de un otro (Ganter, 2004).

8. Consideraciones finales

A modo de cierre, se considera pertinente plantear algunas reflexiones en relación al recorrido realizado durante el presente trabajo. En el mismo se busca profundizar sobre una temática actual y analizarla desde una perspectiva psicoanalítica en relación al contexto socio-histórico-cultural en el que se inscribe que como pudimos ver es inseparable del objeto de estudio.

Hoy en día se observa una brecha importante entre las sociedades antiguas y posmodernas en relación a los sentidos y significados de la práctica del tatuaje y es a partir de esa diferenciación donde se genera el quiebre que da cuenta de cómo es atravesada por el contexto y no puede ser analizado bajo la misma "lupa".

La piel y el cuerpo, son capaces de hospedar nuevas formas de inscripción como medio de canalizar situaciones angustiosas que en su profundidad, dejan su marca perdurable , narrando una historia y aportando en la construcción de la identidad.

Se concuerda con las consideraciones de Corbo (2010) al decir que

El achatamiento del orden simbólico ha dejado al sujeto en estado de orfandad en relación a un sistema de referencias y valoraciones o al menos, con la sensación que ya no son válidas las experiencias, los ideales o los puntos de vista de las generaciones precedentes, caducos ante la marcha victoriosa de la ciencia y las nuevas tecnologías que aportan una perspectiva cada vez más hegemónica de nuestra manera de ver el mundo. (párr..40)

Es, en este contexto en el que se inicia una búsqueda de sentido a través del cuerpo y su inscripción, una búsqueda de controlar los cambios vertiginosos y fugaces en la era de lo líquido que empujan a los sujetos a realizar nuevas búsquedas de sentido apelando a la creatividad.

Se parte en este recorrido, del carácter que tuvo la práctica en la antigüedad, de rito iniciático como búsqueda de integración social sentido que hoy se mantiene en parte en el

pasaje a la adultez con algunas variables que alteran su significado ya que integra a su vez, una interpretación opuesta. Si bien la práctica comprende distintas franjas etarias se encuentra que durante la adolescencia es donde mayor repercusión tiene, pero no sólo como una forma de integración sino también paradójicamente en una búsqueda diferenciación. Ésta se ve influenciada por el contexto actual donde se elabora una noción del cuerpo como cuerpo de producción, sujeto a rendir bajo la era del consumo. La valoración de la juventud imprime sobre los cuerpos la necesidad de crear una imagen joven que mediante las modificaciones corporales buscan evadir el paso del tiempo.

Es bajo este sistema de dominación del consumo que el adolescente busca gobernar su propia imagen, construyendo a su vez su identidad por medio de la diferenciación, sintiéndose de esta manera poderoso. Asimismo habilita el encuentro con el otro, reforzando el sentimiento de pertenencia grupal que establece muchas veces el gobierno de los actos.

Por otra parte esta nueva forma de inscripción ayuda al adolescente a atravesar los duelos cuando la palabra no encuentra su expresión. La necesidad de encontrar constantes en una época de permanente cambio encuentra en el tatuaje algo que no pueda borrarse, por lo que las marcas son perpetradas en la piel, en el propio cuerpo en una búsqueda de control del cambio, marca que con el pasaje del tiempo resignifica la organización cultural.

Referencias Bibliográficas

- Aberastury, A. (1994). *El adolescente y la libertad*. En Aberastury, A. y Knobel, M. (Ed.), *La adolescencia normal* (pp. 15-34). Buenos Aires: Editorial Paidós
- Aberastury, A. y Knobel, M. (1986). *La adolescencia normal: Un enfoque psicoanalítico*. Buenos Aires, Argentina : Paidós
- Ambrosio, P. (2008). *Cuerpos marcados. El arte en el cuerpo. Arte vs. Moda*. Jornadas de Cuerpo y Cultura de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de <https://www.aacademica.org/000-021/51.pdf>
- Anzieu, D. (2007). *El yo-piel*. Madrid, España: Biblioteca Nueva
- Araujo, A.M. (2014). *Modernidad y vida cotidiana*. Recuperado de : https://psico2.psico.edu.uy/sites/default/files/entrevista_ama-diego_pereira.pdf
- Araujo, A.M. (2013). *Todos los tiempos el tiempo*. Montevideo, Uruguay: Psicolibros
- Arias, A. y Bermúdez, C. (2017). *Lógicas contemporáneas de los adolescentes: sentidos y significados que les otorgan al tatuarse el cuerpo*. Universidad de San Buenaventura Medellín
- Bacci, P. (2013). *La muerte y el duelo en la Hipernmodernidad*. Revista Querencia. (13) Recuperado de https://querencia.psico.edu.uy/revista_nro13/pilar_bacci.htm
- Baudrillard, J. (2009 [1970]). *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Siglo XXI de España Editores S.A. Recuperado de <https://ganexa.edu.pa/wp-content/uploads/2014/11/ARTGBaudrillardJeanLaSociedadDeConsumoSusMitosSusEstructuras.pdf>
- Bauman, Z. (2000). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de cultura.
- Bleger, J. (1972). *La identidad del adolescente fundamentos y tipicidad*. Buenos Aires, Argentina. Paidós
- Brena, V. (2007). *Utilizando el cuerpo: una mirada antropológica del tatuaje: Proceso de construcción y clasificación del tatuaje en el Montevideo actual*. Recuperado de www.proarhep.com.ar/wp.../Torres_Mirada-antropologica-del-tatuaje_2007.pdf
- Casseb, A. (2006). *Subjetividad en la adolescencia*. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* 103, 231-244. Recuperado de http://www.apuruguay.org/revista_pdf/rup103/rup103-casseb.pdf

- Corbo, G. (2010). Tatuaje y resistencia al olvido: Un intento de pensar el cuerpo en la modernidad líquida. *Querencia*, 13. Recuperado de <http://www.querencia.psico.edu.uy/>
- Dahl,R (1979). Relatos de lo Inesperado. Tatuaje. Recuperado de <http://www.colegiolapiedad.com/Archivos/Adjuntos/Contenidos/Dahl,%20Roald%20-%20Relatos%20de%20lo%20inesperado.pdf>
- Dolto,F. (1992). *La causa de los adolescentes. El verdadero lenguaje para dialogar con los jóvenes*. México: Seix Barral. Recuperado de <http://www.codajic.org/sites/www.codajic.org/files/Dolto%20Francoise%20-%20La%20Causa%20De%20Los%20Adolescentes%20-%20El%20verdadero%20lenguaje%20para%20dialogar%20con%20los%20j%C3%B3venes%20-%20Barcelona%20-%20Seix%20Barral%20-%201990.pdf>
- Flechner,S. (2007). Simbolización en la adolescencia: la dificultad de devenir adulto. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. 104, 201-209.
- Ganter S. (2006). De cuerpos, tatuajes y culturas juveniles. *Espacio Abierto*, 15 ,427-453. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12215222>
- Garbarino, H. Freire, M. ,Maggi,. (1987). Técnica en psicoanálisis del adolescente. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* 98.
- Garbarino, M. (1990). Identidad y adolescencia. En: Freire de Garbarino, M., y García, S. (2016). El cuerpo y sus marcas ¿A las palabras se las lleva el viento? *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. Recuperado de <http://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201612315.pdf>
- Grassi, A. Córdova, N. (2010) *Entre niños, adolescentes y funciones parentales :psicoanálisis e interdisciplina*. Buenos Aires, Argentina. Entreideas.
- Guerra, V. (2006). Subjetivación en la adolescencia y cambios culturales: ¿nuevas formas de inscripción? *Revista Uruguaya de psicoanálisis*. 102, 41-60 .Recuperado de www.apuruguay.org/revista_pdf/rup102/rup102-guerra.pdf
- Kancyper,L. (2004) Adolescencia y confrontación generacional: Los afectos y el poder. *APPIA* (15), 92-113 Recuperado de <http://www.bvpspsi.org.uy/local/TextosCompleto/appia/0797372120041509.pdf>
- Kancyper,L. (2013). Adolescencia: el fin de la ingenuidad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*(14),45-55 Recuperado de <http://revista.psico.edu.uy/index.php/querencia/article/view/158>

- Knobel, M. (1986). El síndrome de la adolescencia normal. En Aberastury, A,y.Knobel, M. *La adolescencia normal: un enfoque psicoanalítico*. Buenos Aires, Argentina : Paidós.
- Le Breton, D. (2012). Juegos de piel en la adolescencia: entre escarificación y ornamentación. Recuperdo de <http://www.inisa.gub.uy/sitio/llamados-web/2018-Psicologos/EI%20cuerpo%20herido%20identidades%20estalladas%20contemporaneasCapitulo%20Juegos%20de%20piel%20en%20la%20adolescencia.pdf>
- Le Breton,D. (2012). *La edad solitaria Adolescencia y sufrimiento*. Santiago de Chile: Lom Ediciones.
- Le Breton,D. (2017). *El cuerpo herido identidades estalladas contemporáneas*. Buenos Aires, Argentina: Topia.
- Le Breton,D.(2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires,Argenina : Nueva visión.
- Lipovetsky,G. (2014) . Vivimos en la era de la hipermodernidad. *Pergola (13)* Recuperado de <http://www.bilbao.eus/bld/bitstream/handle/123456789/921/pergola13.pdf?sequence=1>
- López, A. (2002). Tatuajes hoy. El cuerpo en psicoanálisis. Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Marcuse, H. (1985). El Hombre Unidimensional, Barcelona: Editorial Planeta- Agostini. Barcelona, España.
- Quiroga,L (2018). *TATUADOS. El tatuaje: De la transgresión a la tendencia* .Madrid, España: Grijalbo.
- Reisfeld, S. (2005). *Tatuajes: Una mirada psicoanalítica*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Sastre,A.(2011). Cuerpos que narran: la práctica del tatuaje y el proceso de subjetivación. Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal. Bogotá: Colombia. 7 (1) 179-191. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/679/67922583013.pdf>
- Scharagrodsky,P. (2013). El cuerpo en la escuela. Ministerio de Educación Ciencia y Tecnología. *Explora*. 1-16. Recuperado de <http://ceip.edu.uy/IFS/documentos/2015/sexual/materiales/pedagogia-elcuerpoenlaescuela/pedagogia-elcuerpoenlaescuela.pdf>

- Ungar, V. (2016). Lo Más Profundo es la Piel. Montevideo: *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (123) 155-161. Recuperado de <http://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201612314.pdf>
- Viñar, M. (2009). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Montevideo, Uruguay: Trilce.
- Zermoglio, C. (2013). El síndrome de la adolescencia normal. *Actualidad psicológica*. (419) 9-13